

## 50º TEMPORADA 2001/2002

2001/02



La inauguración fue con *Samson et Dalila*, una producción del Teatro Colón de Buenos Aires. El protagonismo indiscutible de la primera noche correspondió a dos sólidos cantantes: Dolora Zajick y Clifton Forbis. Con relación al barítono Alberto Gazzale, tuvo que ser sustituido eficazmente en las dos última representaciones por Alain Fondary. También el coro, el Coro de la Ópera de Bilbao, que se mostró afianzado como nunca. Zajick cantó con gusto y delicadeza la famosa aria “Mon coeur s’ouvre à ta voix”. Forbis demostró que en determinadas alturas su registro era excelente y dio el tipo físico que el papel requiere.



*Sansón y Dalila.*



*Sansón y Dalila* o, lo que es lo mismo, Clifton Forbis y Dolora Zajick.



Heikki Siukola se llamó *Sigfrido*.



Alfred Muff y Heikki Siukola, dos estupendos intérpretes para un Wagner universal.

Las cinco horas largas que duró la representación de *Siegfried* pasaron apenas en un suspiro. Primero, porque la música de Wagner posee un tirón indiscutible y luego porque todo el mecanismo de relojería necesario para poner en pie una representación dramática funcionó a la perfección. Se trataba de una producción del Gran Teatro de Ginebra, a cuya llamada la Orquesta Sinfónica de Euskadi respondió aportando una noche completísima. Ello fue posible gracias al protagonismo alcanzado por el maestro austriaco Günter Neuhold, cuya batuta dominó con autoridad y conocimiento el total de la partitura. Todavía en el recuerdo su estupendo trabajo en *Ariadna*, el finés Heikki Siukola confirmó las expectativas del público llevando a cabo un papel destacadísimo durante toda la noche. Para él y para la soprano fueron las intensísimas ova-



La estampa, indudablemente, identifica a *Tosca*.

ciones de la velada. Si bien presente sólo en el tercer acto, la soprano americana Nadine Secunde se hizo notar en una Brunhilda de calidad compacta, intensa de expresión e iniciativa. La voz del bajo barítono Alfred Muff hizo sólida la personalidad de un Wotan impactante y auténtico, muy en la línea requerida. Mejor como actor que como cantante, el tenor alemán Helmut Pampuch dio vida al herrero enano de la obra. La brillantez última de la función fue para Franz Josef Kapellmann, el barítono que incorporó a Alberico. En esta ocasión, afortunadamente, las disponibilidades técnicas del Euskalduna facilitaron el desarrollo de un espectáculo complejo y brillante.

La producción de *Tosca* llegó del Teatro San Carlos de Nápoles. Ópera muy del gusto del aficionado, la protagonista Norma Fantini entendió idealmente su personaje y se mostró como una soprano lírica interesante. Darío Volonté, el tenor, remontó una perceptible opacidad ocurrida durante el primer acto, culminando la función con una generosa entrega. Experiencia y personalidad fueron los valores aportados por Jean



*Tosca* vive uno de sus momentos clave, protagonizado Le por Norma Fantini y Jean Philippe Lafont.



Susan Neves, soprano.



*I Vespri Siciliani*. En escena, Susan Neves y Carlo Colombara.



Franco Vasallo, un buen sustituto para *I Vespri Siciliani*.

Philippe Lafont, un Scarpia de talento. Paolo Arrivabeni dirigió a la Sinfónica de Bilbao con decisión y audacia, y buscó siempre el entendimiento con los artistas.

Veincinco años después de su última visita, *I Vespri Siciliani* llegaba a Bilbao, para conmemorar el centenario del fallecimiento de Giuseppe Verdi. En las “visperas” –valga el juego de palabras– había cundido entre el público una cierta preocupación, por cuenta de las ausencias notificadas a última hora: las de barítono, bajo y tenor. Los dos primeros, Carlo Guelfi y Giacomo Prestia, vieron luego cómo se les unía en la incomparecencia el tenor Warren Mok, víctima de una molesta corditis. Franco Vasallo y Carlo Colombara sustituyeron a los dos primeros, en tanto Janez Lotric lo hacía con el tenor. Pero la apuesta de la A.B.A.O. por traerse la obra verdiana fue buena y el nivel artístico, estimable. Antonello Allemandi consiguió uno de sus mejores trabajos diri-



Simpatía y color presiden este momento de *Le Nozze di Figaro*, en el que podemos ver a Ildebrando D'Arcangelo, María José Moreno y Manuel Lanza.



Algo más que un cortejo, el de Manuel Lanza a María José Moreno.

giendo a la Sinfónica de Szeged. Susan Neves, que debutaba en este título, demostró ser una gran cantante puramente verdiana. Janez Lotric acusó una bravura notabilísima, cuyo eco caló en el público. Carlo Colombara y Franco Vasallo no les fueron a la zaga en cuanto a entusiasmo y deseos de triunfo. No resultó extraño, pues, que alentados por tal ola de aciertos, los secundarios se crecieran haciendo valer sus condiciones. La producción de la Ópera de Roma, con dirección escénica de Federico Tiezzi, estuvo acorde con cualquiera otra que pudiera requerir para tal título el teatro más reputado y de mayor fama.

Casi de homenaje a Mozart por parte de todos los que intervenían pudo calificarse la presencia de *Le Nozze di Figaro*. El montaje necesitaba una escenografía alusiva y sugestiva, debidamente sugeridora y sabiamente iluminada. El trabajo de Frigerio, firmante



Miriam Gauci, soprano.



*Il Trovatore. Tiempo para figurantes y coro.*

del boceto escenográfico, y de la Squarciapino en el vestuario, se saldó con un sobresaliente absoluto. La producción correspondía al sevillano Teatro de La Maestranza y aportó como pirueta simpática y colorista al ballet de Cristina Hoyos, formidable de estilo y oportunidad. Yéndonos a lo vocal, Ildebrando D'Arcangelo, uno de los cantantes más reclamados como intérprete de Mozart y de Rossini, ofreció un Fígaro cómodamente emitido. Pese a cualquiera otra consideración, pareció lo mejor de la noche. Correcta estuvo María José Moreno, bella de voz pero sin calar lo suficiente en la compleja personalidad de su Susana. Quizá, los minutos de oro de la función corrieron a cargo de la soprano Miriam Gauci y de su precioso y delicado "Dove sono", como Condesa de Almaviva. Su pareja en la ficción, el Conde, fue Manuel Lanza y anduvo falto de temple. El Cherubino corrió a cargo de la mezzo Petia Petrova, quien lo cantó con notoria impostación, fuera de la condición natural del personaje. Roberto Rizzi Brignoli llevó la obra con buen ritmo, algo fundamental en esta ópera. Su labor fue muy positiva.



Larisa Diadkova y Richard Margison, pareja para *Il Trovatore*.



Sondra Radvanovsky, soprano.

Puede que lo mejor de la Temporada viniera con ocasión de presenciarse *Il Trovatore*. Resultó un éxito. Esta vez, la coproducción, –también compleja en cuanto al número de intervinientes–, pertenecía al Teatro del Mayo Musical Florentino, al Massimo de Palermo y al San Carlos de Lisboa. Giorgio Morandi se encargó de dirigir a la Sinfónica de Euskadi, dúctil al reclamo de su batuta. Individual y colectivamente, el mecanismo funcionó a la perfección. Extraordinario el tenor Richard Margison, verdiano y con hermoso timbre, y extraordinaria Sondra Radvanovsky, soprano de poder y expresividad manifiestos. La Azucena de Larissa Diadkova se mostró convincente sin discusión. Genaro Sulvaran, el Conde Luna y Arutjun Kotchinian, como Ferrando, colaboraron activamente en la bondad plena de la entrega. La producción, firmada por Pier Luigi Pizzi, uno de los máximos exponentes hoy en día en el campo de la dirección escénica, y autor al mismo tiempo de escenografía y vestuario, trasladó la acción al siglo XVII, con gran vistosidad. Su éxito fue indiscutible.